

la maga, me retiré sin saber por dónde iba. El incierto rumbo de mis pasos me llevó á la calle de Fuencarral; por ésta me metí en la de San Mateo, y al promedio de ella vi que hacia mí venía una persona..., un hombre, en quien creí reconocer á uno de mis amigos más queridos. Dudé; desconfiaba de mis ojos, que en tales días padecían quizás la dolencia de ver visiones. Avanzaba el sujeto... Su talla y andar, su rostro, su larga perilla rubia no podían engañarme. Era él, era él. Cuando á mí llegó con los brazos abiertos, mis dudas se extinguieron en este grito de alegría: ¡Estévanez... Nicolás Estévanez!

## XI

Bastante más joven que él era yo, y por la edad, como por el respeto, solía llamarle *don Nicolás*. El me devolvía la fineza llamándome burlonamente *don Tito*. Abrazados todavía me dijo que acababa de llegar de Cuba, por vía muy larga y tortuosa... ¡Qué viaje, qué fatigas! Aún llevaba el pantalón blanco de hilo que usan los militares antillanos. Con él salió de la Habana, con él andaba en Madrid por no tener otro. ¡Y estábamos en pleno invierno! Por sólo este detalle, me movió á grande admiración la sublime pobreza del héroe... Así le llamo, porque por tal le tuve y le tengo.

«Yo no poseo más que cincuenta reales

mal contados, don Nicolás—le dije;—pero con esa suma, le convido: almorzaremos juntos.» Aceptó, y nos fuimos en busca de un cafetín. Por el camino y dentro del local modesto donde almorzamos, me explicó los motivos de su inesperada vuelta de Cuba, cuando le suponíamos allá bregando con los insurrectos... Hallábase en Madrid de reemplazo á fines del 71. No deseaba la situación activa, porque en ella se habría visto en el caso duro de tener que combatir á los republicanos. Puesto en el dilema de faltar á sus deberes ó á sus arraigadas creencias, pensó en abandonar la carrera militar... Sus modestas ambiciones se verían colmadas con un destino civil. ¿Cuál? Desde niño soñaba con desempeñar plaza de torrero en un faro. Era su ilusión *vivir entre las olas, con los pies en tierra, gozando la infame ventura de no tener vecinos*.

Ignoro si había llegado Estévanez á pretender la plaza de torrero, que era su ensueño. Soñando vivía cuando se pensó en destinarle á un regimiento, y aquí vino el conflicto: ó mandar soldados, cuya misión entonces no era otra que pegar á los republicanos, ó abandonar la carrera. No teniendo otro medio de vivir que su paga de capitán, salió del paso pidiendo el traslado á Cuba con el propio empleo. Otros iban con ascenso; él no aspiró á tal gollería. Embarcó en Octubre; llegó el 2 de Noviembre, día de los Difuntos; se presentó á las autoridades; no se le dió ocupación activa, ni en guarnición



ni en campaña. Su único trabajo era pasearse en la acera del *Louvre*, y charlar con los amigos en el café del mismo nombre.

Ocurrió en el curso de aquel mes que se alborotaron los Voluntarios por no sé qué broma, ligereza ó travesura de los estudiantes de Medicina. Contaba don Nicolás que no dió importancia al suceso, y que cuando oyó en el café que se había formado consejo de guerra para juzgar á los estudiantes, creyó que era también ligereza ó broma de la enfatuada tropa de Voluntarios... Una tarde, al entrar en el café, lo encontró casi vacío. En las calzadas y paseos próximos no se veía un alma. ¿Qué ocurría? Pues nada... «¿Pero qué ocurre?—preguntó á un mozo del café.

—¿Qué ha de ocurrir? *Que los están fusilando.*

—¿A quién?

—A los estudiantes.»

Contándolo, el rostro de Estévanez se transfiguraba..., parecía otro... «Nunca, ni antes ni después—me dijo,—en ninguno de los trances por que he pasado en mi vida, he perdido tan por completo mi aplomo. Grité, me descompuse, pensé en mis hijos, creyendo que también me los fusilaban... No sé lo que me pasó... Ahora mismo no puedo explicármelo.» El horror de la brutal tragedia, la indignación, la idea del oprobio que caería sobre España y su Ejército por tal acto de barbarie, le pusieron en un estado congestivo, privándole de conocimiento. Fué menester sangrarle. Amigos cariñosos le lle-

varon á su casa... En una noche de insomnio y horribles pesadillas, atormentado por la idea y visión de que le arrancaban de cuajo el alma y con ella los sentimientos más arraigados, Estévanez pasó por todas las formas de la demencia; y cuando ésta fué declinando hacia la serenidad, surgió la inquebrantable resolución de abandonar la Isla.

Hombre de tal temple, enardecido desde sus años juveniles en la devoción de la Humanidad, de que se derivan las ansias de Libertad y Progreso, no podía vivir en aquel campo de fieras discordias: por un lado los enemigos de la Patria, por otro los que, llamándose hijos de ella, la deshonoraban con sus violencias y crueldades; allí la soberanía del honor militar; aquí el imperio de las ideas... Imposible residir en Cuba sin tirar el uniforme ó tirarse al mar...

¿Pero cómo volver á España? Amigos fieles facilitaron á don Nicolás la salida de aquel cráter: se solicitó del Capitán General licencia y pasaporte para la Península, y conseguido esto, ya sólo faltaba esperar la salida del primer vapor. Pero á Estévanez se le hacían siglos las semanas, los días... Ansioso de partir, como si en ello le fuera la vida, tomó pasaje en una goleta llamada *Estrella*, que salía para Nueva Orleans con cargamento de madera... El relato que me hizo el hombre de su viaje en aquel barcucho, ponía los pelos de punta. Fué un viaje de incidentes y trabajos que recordaban la primitiva navegación en los mares de América.



Zarpó la goleta al anochecer, y á las pocas horas se inició en su bodega un incendio. Echaron el bote al agua, y en él se embarcaron precipitadamente tripulación y pasajeros. Estos eran dos: don Nicolás y un chino. El capitán de la goleta, un yanki de mala catadura, les puso á remar, y al fulgor de las llamas que devoraban el barco, emprendió el bote la penosa navegación por un mar nada tranquilo. Sospechaba mi amigo que el incendio no había sido casual: capitán y tripulantes dieron fuego al barco con un fin de piratería. Provocaban un siniestro para estar á la Compañía de Seguros... Esto sospechó Estévez. Confirmaron su presunción las maneras y actitud del capitán y marineros.

Rema que te rema, los dos infelices pasajeros veían cercano el momento de ser asesinados ó arrojados al mar. Parecía novela de navegación por aguas de piratas ó caribes. El miedo que pasaron fué tal que á otro que Estévez le habría durado toda la vida. Así transcurrió la noche, y en tan horrorosa incertidumbre llegaron los naufragos al nuevo día. Felizmente encontraron un vapor yanki que los recogió y los llevó á Cabo Haitiano. De Cabo Haitiano partió mi amigo á Santomas, y allí, descansado de tan hondas angustias, no pensó más que en dar realidad legal á la situación que se había creado. Al abandonar la Isla de Cuba, devolvía resueltamente á la Nación la espada que ésta puso en sus manos. En cuanto pisó tierra de Santomas, fué al Consulado de España, y entregó al Cónsul un

pliego en que solicitaba del Rey la licencia absoluta.

«Lo hice con pena—me dijo grave y melancólico.—Yo no tenía más carrera que la militar: era capitán del 59, con el grado de comandante; pero me había persuadido al fin de que no se puede pertenecer á la milicia cuando se antepone la propia conciencia á todas las leyes, á todas las ordenanzas, á todos los prejuicios de profesión y de escuela...» Siguió refiriéndome que por hallarse muy escaso de dineros, tomó pasaje de tercera en un vapor francés, que á Europa venía con escala en Santander. Recaló el vapor en el puerto cantábrico en día de furioso temporal del Noroeste, y suprimida la escala, siguió á Saint Nazaire. Desembarcó don Nicolás, y con los pantalones blancos de la Habana, en pleno invierno, y la misma ropa veraniega estuvo en Nantes... Prosiguiendo en ferrocarril su odisea, pasó la frontera y se plantó en Madrid.

Esta breve y pálida referencia no puede dar á mis lectores idea, ni siquiera remota, de la precisión, elocuencia y donaire con que el héroe, que tal nombre debo aplicarle, relataba su dramático viaje de las Antillas á España, y las tremendas causas que lo motivaron, y el admirable tesón cívico que vigorizaba su alma generosa. Oyéndole, saboreaba yo una gallarda página histórica, que él solo puede y debe escribir, como su propio creador ó cosechero.

Del cafetín fuimos, corriendo calles, á la



busca y captura de amigos de él y míos, y por el camino le enteré de las extrañas cosas que aquí pasaban. Se maravilló y enojó de que los republicanos estuvieran divididos en Intransigentes y Benévolo, y me dijo que por esta castiza propensión al divorcio, estábamos tan lejos del advenimiento de la República. No había en España voluntades más que para discutir, para levantar barreras de palabras entre los entendimientos, y recelos y celeras entre los corazones... Puedo afirmar con plena convicción que de cuantos amigos tenía yo, ninguno me cautivaba como aquel hombre inflexible y *de una vez*, dicho sea vulgarmente.

Perdónenme ahora si me acuso de una nueva licencia cronológica... Caigo en la cuenta de que mi destornillado caletre ha invertido los hechos, pues mi encuentro con Estévanez fué bastantes días después de mi violenta salida de la casa de Cabeza, y de la misteriosa desaparición de la gruta (número 16 de cierta calle) en que visité á la ninfa graciosa y endemoniada. Se me apareció el gran republicano ya bien entrado Enero del 72, y lo compruebo con un dato político. Hablamos don Nicolás y yo del Ministerio Sagasta, y precisamente en aquellos días don Práxedes derribó con un simple codazo al Gobierno de Malcampo para subirse al pescante y coger las anheladas riendas.

Sagasta era otra vez el gallo de nuestro corral político, y con su arrogante cresta ó tupé, su *quiquiriquí* tribunicio y el irisado

plumaje de su simpatía personal, dominaría las olas que socavaban el trono de Amadeo I. Del caído Ministerio conservó á Malcampo y á Angulo, y completó el retablo con estas figuras: De Blas, Groizard, Topete y Gaminde.

En los propios días, ¡oh lector mío bonachón!, esa misteriosa fuerza de los hechos menudos que llamaré *onda social*, me apartó del trato y compañía de Nicolás Estévanez para llevarme á la vera de mis antiguos camaradas de *El Debate*. ¿Fué caso providencial, ó una nueva virazón de mi voluble destino? Pues una noche, dadas ya las once, me encontré á Ramón Correa que del Príncipe venía muy embozado en su capita. Del teatro solía ir á sus tertulias de gente de tono, y después se zambullía en el Casino hasta el amanecer. Me paró; hablamos con expresiva confianza; quejóse de mi retraimiento... «¿Pero dónde te metes, Titillo? Ya sabes que te queremos... Vete por mi casa...» Le prometí visitarle, y él puntualizó la cita, diciéndome: «Vete pronto. Ya sabes...; á la *hora á que me levanto*. Abur. ¡Qué flaco estás!»

*La hora á que me levanto* era, en el reloj de la vida de Correa, las siete de la tarde. Hombre más nocturno no he visto nunca. Vivía en un pisito bajo de la calle de Claudio Coello. Retirábase al despuntar el día. Despertaba de doce á una; se incorporaba, y sus criadas le servían un buen almuerzo en una mesilla de patas muy cortas, construída *ad hoc* para formar un plano sólido sobre las



telas del rebozo. Después de bien almorzado, seguía durmiendo hasta las seis y media ó las siete. Era la hora de recibir á los amigos, y lavándose y vistiéndose charlaba con ellos hasta que salía para la casa rica en que había de comer. Tal era el vivir de Ramón Correa, que se pasaba meses y años sin conocer al sol más que de oídas. En la noche social resplandecía la luciérnaga de su grande ingenio. Por ser Correa cubano, debo decir *cucuyo*. De noche brillaba más que de día, y hablando más que escribiendo, pues la indolencia ponía diques á su talento para mostrarse en la literatura escrita. Su gracia, su exquisito gusto literario y su inmenso saber de cosas mundanas corrían sin tasa en los raudales de la conversación.

Desde que iniciamos la nuestra, todo lo que me dijo mi amigo, acabado de salir de la cama, iba encaminado á catequizarme para que me hiciese sagastino. Con burlas y razones quería convencerme de mi estulticia, y alabó á don Práxedes y al Duque de la Torre, presentándolos como los únicos hombres que podían traer á España la paz, el bienestar y la cultura. Era Correa un espíritu liberal metido en la armadura de un eclecticismo elegante y conservador, como Albareda y demás políticos procedentes de *El Contemporáneo*. Con el buen gusto y la pasta de un positivismo del mejor tono adornaba sus argumentos. Pero con todo su donaire y amabilidad no lograba convencerme.

«Mire usted, amigo Correa—le dije.—Yo,

bien lo saben Albareda y Ferreras, escribo fácilmente, ajustándome á las ideas que se me piden. Escribo en republicano, escribo en conservador y hasta en *neo* si fuera menester. Pero esto es, como si dijéramos, producción inconsciente de mi sér, un chorro con variados criterios, que brota de mí sin más valor que el de un juego de palabras. Dentro de mí quedan mis convicciones inalterables. Si se me piden parrafadas anónimas, dispuesto estoy á darlas; pero si me quieren afiliar públicamente al sagastismo, ó como se le llame, no accederé nunca, aunque usted me ofrezca posiciones, destinos y jamón con chorreras. Vendo por un pedazo de pan mis tiradas de prosa política; mis ideas no las vendo por ningún tesoro.» Sin pensarlo me ponía yo en la cuerda paradójica en que él con gracioso balancín sabía moverse y bailar.

«Todos guardamos en nuestra alma, querido Tito, un depósito grande ó chico de convicciones, que vienen á ser nuestro equipaje para el siglo que viene. Pero no cambiemos de siglo antes de tiempo. La vida presente nos tira del faldón cuando queremos lanzarnos hacia un lindo porvenir, y nos dice: «Detente, amigo, y no corras hacia las fechas de 1910 ó 1915, que aún están vaéias.» Tiéntate el estómago, y tu estómago te dirá: «Estoy como caño de órgano. Echenme algo pronto, que si no, me muero y te mueres.»

De broma en broma fui á parar á mi grave profesión de fe política, diciéndole que yo no quería cuentas con Sagasta, el cual era el



escepticismo, el aplazamiento, el *ya se verá*, y yo aceptaba de lleno el programa de don Manuel Ruiz Zorrilla, la reforma inmediata, radical, concluyente... Libertad de cultos, Enseñanza totalmente laica, Derechos inalienables, imprescriptibles; Igualdad social, Reparto equitativo del bienestar humano, Supresión del voto de castidad, Desamortización de conciencias, Ejército cívico, Autonomía municipal y provincial. Fuera títulos de nobleza; fuera cruces y calvarios... No más pena de muerte; no más quintas; no más frailes, no más gandules presupuestívoros; no más colmenas para zánganos administrativos...» En mi exaltación, me dejé decir aturdidamente que tal programa me lo había dictado *el propio cosechero*, y en mi poder lo tenía para darle publicidad... Mirábame Correa con asombro, poniéndose las gafas, después de lavarse... Dudó de que yo estuviera en mis cabales; soltó la risa... Volví yo entonces de mi fugaz desvarío, y sujetando la burra que se me quería escapar, rectificué. No me lo había dictado Zorrilla... Obra mía fué la nueva Constitución, en noche fantástica, hospedado en la gruta de una hechicera Circe, barragana de un cura loco.

Contagiado el gracioso cubano de los escapaces flamígeros de mi pensamiento, aseguró que él iba más allá, y que dentro de un par de siglos levantaría la simpática bandera de la supresión de todo gobierno, que es como decir *anarquía*. La entidad Gobierno es la negación de la paz pública... Y de aquí, con

gradaciones airosas, iba á parar á este dilema: O yo me afiliaba públicamente en el *Sagastismo*, ó se me ofrecería celda gratuita en Leganés, ya que no se habían creado aún los *tonticomios* que reclama el considerable aumento de la necesidad... Una vez que endilgó su frac, como feliz comensal de casa grande, salimos juntos, y por la calle repitió sus bondadosos requerimientos para redimirme de la obscuridad y solitaria pobreza en que yo vivía. Díjome al despedirse, que si él no lograba convencerme lo haría Ferreras, que también me distinguía y honraba con su afecto...

A buen paso me fuí á mi domicilio, que á la sazón era una casa de huéspedes, calle del Amor de Dios, de mediano trato y no muy lucido aspecto, donde en días de penuria grande me metí, por los motivos y circunstancias que á renglón seguido contaré. La horripilante situación de mi erario me lanzó nuevamente á la busca y captura de la *Casa Rostchild*, la cual, echando los bofes, encontré reencarnada en un varón seco, duro, agrio, que se llamaba don Francisco Torquemada y vivía en la calle de San Blas, zona baja de Atocha. Enorme cantidad de saliva gasté, y sin fin de escalones subí para conseguir de aquel perro algún alivio de mi necesidad. Pidióme garantía del Banco de España, ó la firma de Manzanedo, y cuando ya llegaba yo á los extremos de la ira, llegó él á los de la piedad, y salí de su casa contento, aunque desplumado para una fecha nó leja-



na. Al despedirme quiso mostrarme su protección recomendándome una casa de huéspedes buena, limpia y económica. Acepté por hallarme á la sazón muy mal alojado, y por dar gusto á Torquemada. Sin duda la casa de pupilos era suya, ó de algún cliente con quien iba á la parte.

Mi patrona era una pobre mujer derrengada y envejecida por el trabajo, con la carga de cuatro hijos y la impedimenta de un marido que no le servía para nada, en el orden de la industria huesperil. Llamábase Nicanora, y Rosita la mayor de sus niñas, que era muy mona y algo bachillera. El esposo, don José Ido del Sagrario, había sido maestro de escuela. Aquejado de cierta frialdad del cerebro, hubo de abandonar el noble oficio de desasnar chicos; mas no con el descanso pudo recobrar la salud, ni siquiera un mediano *gobierno* de su máquina muscular y nerviosa. Quedó, pues, en situación de esqueleto vestido de flácidas carnes; no resistía ningún trabajo fuerte, físico ni mental; ocupábase tan sólo en repartir entregas de una Casa Editorial, reduciéndose á un corto callejero, y en hacer recados á los huéspedes, que eran conmigo tres estudiantes de San Carlos. El trato de Ido me agradaba; era hombre que no carecía de luces, aunque solían brillar tan sólo por ráfagas intercaden-tes, lívidas llamaradas de alcohol. Tristeza y goce me causaban á la par mis conversaciones con aquel hombre inocente y bueno, cerebro que yo comparaba á la celda de una

cárcel, en que hubiera estado preso un filósofo. Este se había fugado dejando en las paredes esfluvios de su espíritu.

A poco de entrar en la casa de doña Nicanora, tuve amores con una princesa... Déjenme explicar. Era una tiple que había estrenado en los Jardines del Retiro el airoso papel de la *Princesa Colibrí*, farsa medio lírica, medio bailable. Por la interpretación libérrima y desahogada de aquel personaje mímico y cantable, quedóle entre el vulgo teatral el mote de *La Princesa*. Su nombre auténtico era Pepa Hermosilla, sobrina carnal de dos guapísimas hembras de la generación pasada, *las Hermosillas*, comúnmente llamadas *las Zorreras*, por ser hijas de un fabricante de zorros. Vierais en Pepa una mozueta linda y desfachatada, bailarina más terrestre que aérea, tiple ligera, ligerísima.

## XII

Sí; tan ligera, que la conocí antes de media noche en el escenario, y á la madrugada estábamos ya casados requetecivilmente... No debería yo contar estas cosas; pero allá van para descargar mi conciencia mostrando á mis lectores la locura de aquellos años juveniles. Confieso mis pecados con la mira saludable de que en ellos se vea la procedencia de mis fieros quebrantos y desdichas, y de ello tome ejemplo la juventud para que se



aparte de los caminos que no conducen á la moral... Pues, señor, llevaba yo media semana en las alegrías de *príncipe consorte*, cuando una tarde me encontré en la Plaza de Matute con aquella Lucrecia de quien ya hice mención, bonita y vaporosa rubia bermeja amiga de Felipa..., la que conocí asociada á un jugador de oficio que llevaba la pechera y los dedos cuajados de brillantes. Al jugador le había salido la mala, y se lo llevaron los demonios. Lucrecia se me presentó desolada. La compadecí, le prodigué los consuelos que mi alma generosa me sugería, y por último, observando que su pena no tenía más alivio que el contármela á mí, decidíme á protegerla; hablamos, nos entendimos, y punto concluído.

Mi doble juego de amor fué descubierto á los pocos días por las dos apasionadas hembras, á quienes yo engañaba y entretenía con toda clase de sutilezas ó equilibrios. El resultado fué que estalló el conflicto una mañana... Encontrándose en la calle de Santa Isabel se acometieron, se arañaron, se dijeron cuanto dos bravas mujeres pueden decirse en caso tal, y se arrancaron recíprocamente mechones de sus respectivas cabellos, negra la una, rojiza la otra. El culpable de aquella mujeril trifulca, que los periódicos narraron como un caso de risa y festejo, fué el bendito chiflado don José Ido, á quien entregué dos cartas, una para cada cual, y el desventurado filósofo las trabucó y... Ya comprendéis lo demás... Cuando en-

terado de la zaragata increpé al mensajero por su descuido, me respondió con fría y angelical serenidad: «Francamente, naturalmente, yo pensé, señor don Tito, que usted, en vez de regañarme, me agradecería la equivocación, porque así, enzarzadas la una con la otra, se ve usted libre de las dos, y quedará en franquía para mejor arreglo con una sola.»

No dejé de apreciar en su justo valor esta sutil filosofía; pero, ¡ay!, del lance mujeriego no me resultó el beneficio que el candoroso no me resultó el beneficio que el candoroso no me resultó el beneficio... Sucedio que cuando se hallaban Lucrecia y Pepita en lo más recio de su pelea, acudí á separarlas y á poner paz una señora que con su criada venia de hacer la compra en el mercado de los Tres Peces... Logró el armisticio entre ellas; oyó las razones de cada cual, y con humanitaria diligencia vino á mí para gestionar avenencia y concordia con una de ellas, ya que con las dos no podía ser. Y cómo se arreglaría la desconocida señora en su arbitraje, que de las sucesivas conferencias resultó que llegué á un *modus vivendi* con las dos separadamente, y luego me entendí con la mediadora, que era mujer agradable, viuda en buena edad y de no poca sal en la mollera... Yo no sé qué tengo, señores que me leéis, no sé qué tengo... Lo mismo es hablar yo con una mujer, que ésta se pone tierna y no tarda en enloquecer por mí... No sé lo que tengo, repito, no sé...

De lo que acabo de referir, salió, como po-



dréis suponer, mayor desventura mía, y el trabajo hercúleo de tener que triplicarme con diarias fatigas y combinaciones. La más amada de las tres era la que fué mediadora. Trataba yo de que fuera la única; pero tales dificultades y trapisondas me salieron al paso en mi tentativa de moralidad, que hube de seguir bailando, como decía el otro, *en el triple trapecio de Tripoli*, hasta que la desdichada derivación de tales hechos dió su funesto resultado... Antes de que pasaran dos semanas de este horrible trajín, Lucrecia fué asesinada por el empresario de timbas que había sido su amante, y aunque no me alcanzaba ni alcanzarme podía culpabilidad en el crimen, por el lugar y ocasión en qué fué perpetrado, no me libré del espanto y consternación propios del trágico suceso. Pocos días después descubrió la *princesa* mi triple juego, y alborotada se plantó en mi casa, y cual furiosa rabanera, vertió sobre Nicanora y el pobre Ido las más groseras injurias. Lo que me dijo á mí me está escociendo todavía... Y por último, compasivo lector, mi *tercera*, que yo tenía por primera, no pudo menos de abrir sus enamorados ojos á estos escándalos, y me despidió de su trato, ya que no de su corazón, derramando lágrimas amarguísimas.

Era una viuda tierna, bastante supersticiosa, tirando á mística. Llamábase Delfina. Su padre fué un excelente confitero que tuvo gran parroquia en Madrid. Su marido fundó y disfrutó la más elegante Funeraria de esta

Corte, industria que la viuda traspasó, mediante *conquibus*, al que había sido primer dependiente del fundador. Con este provecho y lo que heredó de su padre, Delfina disfrutaba de un buen pasar; vivía holgadamente, y daba socorros á parientes pobres, suyos y de su marido... Entendía yo que aquellas granjerías tan diferentes en forma y fondo habían dejado en la infancia y juventud de la buena señora la impresión de las cosas familiares adheridas á la existencia. Por esto decía de ella mi amigo Roberto Robert que era *dulce y tétrica...*, y que en su carácter veía un ataúd lleno de yemas y tocino del cielo.

Algo de verdad había en estas paradojas. Mi amiga era suave y borrascosa; con sólo minutos de diferencia mordía y acariciaba. Ferviente devota de San José, á quien pedía todo lo que anhelaba, creía mil profanos disparates. Cuando en misa sacaba el cura casulla verde (lo que sólo en contados días se ve), doña Delfina se llenaba de terror, y de la iglesia salía persuadida de la proximidad de grandes daños y calamidades. Creía en el mal de ojo y en las recetas para impedir sus terribles efectos, y era fuerte en fórmulas cabalísticas para conseguir de la Santísima Trinidad la pronta cura de tercianas y cuartanas.

Refiriendo á mi persona estas extravagancias, diré que la viuda me quería y me apartaba de su trato; tan pronto era la benigna divinidad que por mí se interesaba, como la



fiera sacerdotisa que arrojaba sobre mí sinistros augurios y maldiciones... Terminó el retrato con estas noticias que, si por el momento no interesan, podrán tener algún valor en lo que más adelante relataré. Delfina Gil era natural de un pueblo próximo al que tuvo el honor de verme nacer. A no pocas personas de mi familia conocía, y hureneando en el pasado sacaba remotos entronques de sus antecesores con el claro linaje de los Livianos.

Adelante con mi cuento. Las resultas de la referida borrasca mujeril, y la extraña doblez del carácter de Delfina, mi benéfica protectora por un lado, por otro mi fiscal implacable, me llevaron á un estado de intensa melancolía. Vagaba yo mañana y tarde por los barrios extremos y las afueras de Madrid, hablando á solas, ó pronunciando discursos fervidos ante la soledad agreste. El casual encuentro con algunos amigos me sacó del pozo de mis meditaciones, llevándome á la política, que es eficaz medicina de tristezas. El trajín de las opiniones propias y ajenas, que en mil casos no nos llegan á lo hondo del sér, nos restablece á una normalidad vividera, y al suave pasar de las horas y los días... Sin saber cómo llegué á verme metido en el hervor de la campaña electoral. Corría Febrero, Marzo le siguió en aquel afán; yo, avisado ó embrutecido, que esto no lo sé, por la propaganda, me metí más en ella. No era que yo pretendiese la diputación; pero amigos míos pedían

sus votos al pueblo, y quise poner en la lucha todos mis esfuerzos, interesándome particularmente por Nicolás Estévanez, que presentaba su candidatura en uno de los distritos de Madrid.

En aquellos días de ciego furor sectario, quedó formada la magna Coalición ó piña electoral para derrotar al Gobierno. Componían la *Junta Mixta*, ó si se quiere, el pisto manchego, tres individuos por cada uno de los cuatro partidos de oposición: por el carlismo tres neos hidrófobos; por el alfonsismo tres reverendos caballeros de los de alba camisa, únicos poseedores de lo que se llama *dotes de gobierno*, esto es, planchado con brillo; por los radicales tres añejos progresistas, y por los republicanos los más culminantes del partido. Omíto los nombres para no contribuir á que llegue á la generación venidera el fuerte olor del vinagre en que se hizo esta ensalada ó gazpacho...

Menudeaban las reuniones, las prédicas y las asambleas. Yo fui á las que celebraron los republicanos en el teatro de la Alhambra, y sin hacerme de rogar, por impulso instintivo y comezón declamatoria, en todas hablé... Me oían con vivo interés, me aplaudían á rabiar. Luego, mi ardor y los aplausos me llevaron á la exageración de mi énfasis, á emplear argumentos retorcidos y dislocados y á burlarme de la lógica. Una noche defendí el contubernio electoral, y á la siguiente lo combatí con saña... Sin saber cómo, se me salían del pensamiento á la boca las ideas de



aquel fantástico programa que supuse dictado por Ruiz Zorrilla en la hechizada gruta de Graziella. Todas las zarandajas de mi Credo radicalísimo iban cayendo de mis labios sobre el auditorio, como lenguas de fuego sobre el montón de combustible. Una noche, á la salida, Santamaría y Luis Blanc me dijeron: «Chico, no hables más. Te exaltas demasiado. Procura serenar tu entendimiento.»

Estas suaves reprimendas de mis amigos, y otras más agrias de algún primate de los que ocupaban la mesa, conminándome con no concederme la palabra si seguía por aquel camino, me redujeron á un triste silencio. Salíame yo por las tardes á los barrios del Sur y de allí á las afueras, y donde quiera que veía un grupo de seis ó siete personas, me detenía y les predicaba... No tardé en encontrar prosélitos; llevaba tras de mí una pandilla de hombres y mujeres que me incitaban á que les arengase, y yo, diciendo para mí *aquí que no peço*, soltaba el surtidor de mi desordenada oratoria. No ponía ningún freno á mis ideas, y lo menos que les decía era que el mejor Gobierno era el no-gobierno... Cuando á mi casa me retiraba fatigado y ronco, y en la soledad de mi cuarto con fría reflexión pensaba en mis discursos, me asaltaba la sospecha de que en mi cerebro había ocurrido alguna conmoción, que desmontara ó por lo menos sacara de sus quicios las piezas del mecanismo pensante. Y cavilando más en esto cada noche sobre el agasajo de las almohadas, creí dar con la razón de tales

sinrazones. Si en efecto yo iba camino de la demencia ó de la chifladura, la causa no podía ser otra que el desequilibrio en que estaba mi sér por la interrupción de mis conquistas y de los dulces efectos de ellas, ó sea el trato con el bello sexo.

Firme en esta tesis, me propuse volver á las amenidades amorosas. Sí, sí; el amor es la vida, y además la razón, y el perfecto funcionar armónico de nervios, sangre, masa encefálica, estómago, pulmones, *etc...* ¿Qué hice? Visitar á Delfina Gil y abordarla bruscamente con arrumacos sentimentales, suaves arrullos, miradas incendiarias, y sobre todo ello puse las *florituras* y *fermatas* de un vocabulario de seducción que, dicho sea sin falsa modestia, sé manejar como nadie... Pues Delfina no me hizo caso. Hallábase en un estado de espíritu incompatible con mis malvadas pretensiones. Sufría el ataque de vir-tud furiosa y empedernida, que solía durarle diez ó doce días y á veces meses enteros. Seria y desdeñosa me dijo que llamase á otra puerta, y al verme salir, me retuvo para echarme esta suave *indirecta del padre Cobos*: «Estás mal de la cabeza, pobre Tito. He notado el desorden de tus razonamientos. Tus amigos se alarman oyendo los disparates que dices en los *metingues*. Será preciso aislarte, tenerte en encierro y observación hasta que entres en caja. Escribiré á tu familia, enterándola de tu mal. Allá dispondrán si vienen á buscarte y te llevan al pueblo, que sería lo más acertado, ó me autorizan para poner-



te en cura.» Yo me reí... «Adiós, adiós...»

Al pie de la letra tomé el *llama á otra puerta*, y de la calle de la Magdalena me fui tan campante á la de Tabernillas. Sabía que en aquellos barrios moraba mi antigua socia Felipa, que aún me guardaba ley, demostrándomelo en repetidas ocasiones con recaditos de amistad, y aun con menudos obsequios... Busca buscando, la encontré en la calle del Aguila, más negra y agitanada que antes, por efecto del negocio de carbón á que se dedicaba en compañía de un hombre robusto, tiznado y carbonífero, llamado Bernabé Díaz. A mis halagos contestó Felipa que no contara con ella para nada contrario á la fidelidad que á su Bernabé debía. Hallábase, pues, en pleno periodo de virtud; era feliz, trabajaba de sol á sol, y no cambiaba su actual vida de activa tranquilidad por otra de escándalo y deshonor. Preguntéle si se casaría con Bernabé, y me dijo: «En eso andamos. Las damas catolicas nos están trabajando el casorio. Yo lo deseo. Me espanta la idea de llegar á vieja sin tener un arrimo y vivir en ley...»

Ya me iba cargando tanta virtud... ¡Por ventura tendría yo que hacerme también virtuoso para recobrar mi equilibrio?... De la carbonería pasé á la taberna próxima, donde tuve la satisfacción de encontrarme á mi amigo y casi pariente, *Sebo* por mal nombre, rodeado de toscos ciudadanos, entre los cuales estaba el tal Bernabé, presunto esposo de Felipa. Trataban de la elección por

aquel distrito (Latina), el más republicano de Madrid. *Sebo*, agente electoral de la Coalicción, recomendaba la candidatura de Estévanez, que era predicar á convencidos, pues en aquel barrio pobre, liberal y entusiasta, gozaba don Nicolás de gran predicamento. Metí yo al instante mi cuarto á espadas en la reunión, haciendo del candidato el más fogoso panegirico que aquellos hombres inocentes habían oído. Y fué grande mi satisfacción oyendo lo que á la salida de la tasca me dijo Telesforo: «Mi antiguo señor, el Marqués de Beramendi, me ha mandado que apriete de firme para sacar á Estévanez, pues aunque no le trata ni le ha visto nunca, le tiene en gran estima por su honrada convicción, y por lo derecho y firme que va camino del Progreso, sin mirar atrás.

Desde aquel día, me metí en el trajín electoral, y tuve la dicha de oír de los autorizados labios de don Nicolás, en las reuniones del teatrillo de la calle de Las Aguas, parradas y apóstrofes tan tremendos como los que á mí me valieron poco menos que la excomuniación de la Asamblea del partido... Si á mí me tuvieron por loco, no lo estaba menos Estévanez, y esto me consolaba. O ser revolucionario de verdad, ó no serlo. Si nuestra sociedad reclamaba, con su hondo malestar, renovación completa, nada se haría si no demoliáramos el vetusto y apuntalado edificio para reconstruirlo con nuevos planos, nuevos materiales y arquitectos nuevos. Sacáramos éstos de la nada, no del personal exis-



tente... Antes de crear un nuevo mundo, hicieramos un delicioso caos.

No canso á mis lectores refiriendo al detalle una campaña electoral en que apenas hubo pelea, por la excelente disposición del popular distrito y el arranque del candidato. Sin gastar una peseta le sacamos, con 8.000 votos de ventaja sobre el contrincante sagastino. Los electores eran gente sencilla, proletaria, que no ambicionaba destinos ni prebendas, voz y voluntad auténticas del pueblo soberano. La Coalición triunfó en Madrid, con dos republicanos, Estévez (*Latina*) y Galiana (*Hospital*); cuatro radicales, Montero Ríos (*Palacio*), Ruiz Zorrilla (*Centro*), Martos (*Congreso*) y Becerra (*Audiencia*); el único ministerial que tuvo acta fué el General Beránger (*Hospicio*). En provincias, los amaños de Sagasta dieron á éste una mayoría gregaria; mas no pudo ahogar el empuje de las minorías. Sólo el carlismo trajo treinta y cinco puntos... Y éstos sí que eran puntos negros.

Seguí en relaciones de cordial amistad con Estévez, que no se envanecía de su triunfo, ni creía que en el futuro Congreso pudieran hacerse campañas eficaces para la idea republicana. En nuestras charlas, tuve el gusto de oír de su boca las apreciaciones más exactas de la realidad política en aquellos días. La revolución estaba muerta, por haber perdido en gran parte la savia progresista que le dieron los trabajos del 67 y el triunfo del 68. Los alfonsinos habían ganado terre-

no con la traída de un Rey extranjero; contaban á la sazón con lo más florido de la oficialidad del Ejército. Todo cuanto veíamos despedía olor á muerto. Los Gobiernos de don Amadeo no salían de la norma y pauta somníferas de los Gobiernos anteriores á la Revolución. Los vicios se petrificaban, y las virtudes cívicas no pasaban de las bocas á los corazones. Administración, Hacienda, Instrucción Pública, permanecían en el mismo estado de quietismo y pereza oriental. No salía un hombre que alzara dos dedos sobre la talla corriente. Hacía falta un bárbaro, como Pizarro, que sin saber leer ni escribir, creó un mundo hispano en la falda de los Andes.

Estas ideas me cautivaron. Sí, hacía falta un bárbaro que creara otro mundo hispano. Pero aquel bárbaro no era yo, que poseía regular cultura, sabía escribir, y echaba sin ton ni son discursos elocuentes... Hacía falta un mudo, que hablara con los hechos y con la piqueta, demoliendo los viejos muros, sin pedir permiso á las letras de molde; un mudo, sí, que entendiera de cirugía política, y supiera leer lo escrito con caracteres de fuego en el alma de la Nación... Debajo del pesimismo de mi gran amigo, latía, como es de ley en todo sér superior, un fuerte optimismo. No desconfiaba de la idea, sino de los hombres que en el telar político, llamándose ministeriales ó de oposición, tejían la misma tela frágil y descolorida, tan fea y tan mala por el derecho como por el revés... En suma,



que la oposición republicana, aliándose con los *Nocedales* y *Barzanallanas*, se contagiaba de esa legalidad indigesta que siempre resulta infecunda, y cándidamente hacía el juego á sus naturales enemigos. Los arañaba; pero no supo darles, como debía, muerte y sepultura... Mientras más lecciones de estas cosas me daba mi amigo, más me enamoraba su carácter. Lo que aún tengo que decir de él quédese en remojo todavía, pues me urge contar un suceso de importancia, que á mi ver cae dentro de la fase humorística de la Historia. Sígame, si gusta, el benigno lector desde este capítulo al que inmediatamente le sigue.

### XIII

No cesaba yo de interrogarme así: «¿Estaré un poco demente, ó siquier tocado de ténaces manías, la manía de mi proteísmo, que consiste en escribir con distintos criterios y aparente convicción, la manía de mi esencial criterio inmanente, de tendencias atrozmente revolucionarias?» Y otra cosa pregunto á los que me leen y á mí mismo: «¿Todo lo que cuento es real, ó los ensueños se me escapan del cerebro á la pluma y de la pluma al papel? ¿Las amorosas conquistas que me sirven de trama para la urdimbre histórica, son verdaderas ó imaginarias? ¿Creo en ellas porque las imagino, y las escribo porque las creo?...

Mientras con ayuda de mis indulgentes lectores dilucido estos puntos, seguiré contando... A ver si me acuerdo... Ya, ya he cogido el hilo... Pues Felipa, después de repetida por décima vez la proclamación dogmática de su virtud, me aconsejó que viese á Celestina Tirado, y á sus buenas disposiciones me encomendara.

Pero... el demonio lo hacía..., encontréme á Celestina también atacada de monomanía virtuosa, y en vías de abandonar su vil industria, dándose de baja en el escalafón del Infierno. Tenía una hija, criada en el campo, ya grandecita. Celestina la llevó consigo, sedienta de cariño maternal, que apenas había gustado en su vida llosa. Enteróse de ello la Marquesa de Navalcarazo, y queriendo apartar á la pobre niña de todo influjo maléfico, obligó á la madre á ponerla bajo la guardia y custodia de unas monjitas de la calle de San Leonardo. Accedió Celestina, movida de un vago prurito de corrección espiritual, y las mañanas pasaba en la iglesita del convento, ó en la frontera parroquia de San Marcos, entretenida en rezos y otros actos de devoción. Hablando de esto, me confesó que hasta las oraciones más elementales, *Creo* y *Padre nuestro*, se le habían olvidado, y en aquella ocasión las aprendía de nuevo, sintiéndose volver á sus años infantiles.

En estos contactos con la vida eclesiástica, la antes pecadora, y después reformada Celestina, echóse también su director espiritual, y tuvo la suerte de topar con un sacer-